

8 de noviembre de 2007

Postal de Lourdes y notas sobre el trabajo altruista

Gina Cariño



Cada vez que viene mi madre, me pide que le lleve a Lourdes. Vienen parientes de continentes lejanos y me piden lo mismo. Me vienen amigos y parientes de amigos y más parientes, y todos me lo piden y exigen. Tanta gente he llevado a Lourdes que a lo mejor, ¡me he ganado el cielo!

La primera vez que fui a Lourdes, tenía dos añitos. No vale. Sí vale la primera vez después de haberme venido a vivir cerca de la frontera francesa. Fue para acompañar a la madre de una amiga de una amiga de una amiga. Recuerdo que me daba cosa la idea de ver mil moribundos histéricos.

No hubo semejante histeria. El santuario es un lugar sereno y agradable, así como la ciudad. Además, resulta demasiado cómodo decir que un paisaje bucólico de verdes colinas y plácidos arroyos ha sucumbido a las garras de la especulación y del comercio. Es verdad, se ven por doquier carteles gigantescos que venden menús y habitaciones, y abundan las tiendas repletas de vírgenes en forma de botellas. Pero dicho paisaje bucólico de verdes colinas y plácidos arroyos no ha desaparecido. Además, no seamos aguafiestas, no despreciemos los esfuerzos de la gente que va allí a *currar*.

En primer lugar Anttonita, mi tía política. Esta octogenaria vasca de fuerte carácter, que en navidad nos regala cupones de lotería que jamás nos darán el gordo, ha dedicado toda su vida a cuidar y consolar enfermos y discapacitados. Antes siempre pasaba el mes de agosto en un centro alicantino de leprosos. El resto del año, se le veía mucho por Lourdes.

Es un privilegio visitar el santuario con ella. Se mueve con autoridad y se sabe todo los recovecos a los que

el público no suele tener acceso. Un ejemplo es la gran sala donde dejan esas graciosas sillas de ruedas que son de otra época y que constituyen una gran parte de las procesiones. La *izeba* Anttonita solía ayudar a empujarlas hacia los baños. Ah, y cerca de la sala de sillas de ruedas están las estanterías para guardar las mantas que se ponen sobre los regazos de los enfermos. Anttonita de joven se propuso hacer dos mantas al año y ahora le encanta señalar cuáles de las mil mantas que están allí fueron hechas por sus propias manos. Por cierto, a mí también me hizo una manta de esas. Mi gatita la usa como cama.

Luego están mis amigos Guillermo y Kevin. Uno es filipino, el otro irlandés. Desde hace diez años, van a Lourdes a pasar diez días de septiembre trabajando. Guillermo realiza allí labores físicas, ayudando a transportar a los enfermos desde el aeropuerto o la estación de trenes hasta el santuario y vuelta. Kevin se dedica a ayudar a mantener el orden y silencio durante los eventos multitudinarios.

De noche merecen algo de divertimento, y es que en Lourdes uno también se puede divertir. Puedes comer pato como te guste y hasta hay pubs en los que emborracharse un poco y ver el gran partido de rugby que toque. Sé que eso es lo que hicieron Guillermo y Kevin esta vez. Y cuando se acabaron los diez días de trabajo altruista, se fueron de crucero por el Rin.

© Copyright CONGENIA 2007